LA APORTACIÓN DE LA PRIMERA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA MODERNA A LOS ESTUDIOS "TIRANTIANOS" (DE JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS A MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO)

Cuando, en 1865, ve la luz el séptimo volumen de la *Historia crítica de la literatura española* —cuya impresión se había iniciado en 1861—, José Amador de los Ríos (1818-1878) ya se había convertido en uno de los mejores representantes del positivismo historiográfico que, aplicado a la literatura española, intentaba aplicar una lectura totalizadora de la Historia, tal como había esbozado Hegel en sus *Lecciones de Estética.*[1] De hecho, junto a Manuel Milà i Fontanals y Marcelino Menéndez Pelayo, Amador se erige en punto de referencia inexcusable para cualquier investigación sobre la crítica decimonónica española de la segunda mitad del siglo XIX, pues a pesar de que su producción literaria se inicie en la década de 1830 como poeta, no sería hasta la década de los cuarenta y cincuenta cuando, como traductor y editor de los clásicos castellanos, gozará de un innegable

[1] Ver **García Berrio, Antonio** y **Huerta Calvo, Javier.** *Los géneros literarios : sistema e historia (Una introducción).* Madrid : Cátedra, 1992, p. 123-127. En torno a los primeros intentos de sistematización de las letras españolas durante el siglo XIX, ver **Mainer, José-Carlos.** *De historiografía literaria española : el fundamento liberal // Estudios sobre Historia de España. Homenaje a M. Tuñón de Lara.* Madrid : Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, v. 2, p. 439-472.

prestigio y será reputado, junto a Pascual de Gayangos, como nuestro mejor medievalista de mediados del *Ochocientos*.[2]

Su monumental obra se ve guiada, aparte de por su natural objetivo, por su distanciamiento hacia dos obras que, con una voluntad sistematizadora, se habían publicado en la primera mitad del siglo XIX: me refiero a la *Histoire de la littérature espagnole*, de J. Ch. L. Simonde de Sismondi, que él mismo había traducido en parte (Sevilla, 1841-1842), y, sobre todo, la *History of Spanish Literature*, de George Ticknor (Londres, 1849). La primera le prepararía "precisamente en el ámbito de aquella parte de la literatura en que era menos especialista, o sea, desde el Renacimiento hasta nuestros días. El gran medievalista tuvo ocasión, con motivo de esta obra, de añadir verdaderos capítulos, corregir, anotar, informarse y formarse ideas claras sobre la evolución de nuestra literatura de los siglos XVI, XVII y XVIII."[3] La obra de Ticknor es, por el contrario, motivo de ataque disperso, pero constante en toda su producción erudita, ante lo que a su juicio se asemeja a una aproximación incompleta, desnortada y en exceso ambiciosa. La ambición de Amador de los Ríos tampoco fue escasa, pues los siete tomos de que se compone su *Historia Crítica* sólo representan una parte de su proyecto inicial, que iba alternando con otros trabajos y que, lamentablemente, quedó incompleto a su muerte.

Será en el capítulo XXI del séptimo volumen de esta *Historia*, consagrado a "La elocuencia, la filosofía moral, la novela y el género epistolar en el reinado de los Reyes Católicos",[4] aquel en donde observaremos los comentarios en

---

[2] Ver **Sainz Rodríguez, Pedro.** *Historia de la crítica literaria en España*, Madrid : Taurus, 1989, p. 221-234 y 324-325, así como el "Apéndice bibliográfico" final, ordenado por Ángel Abuín González, p. 329-330. Recordemos, a modo de anécdota para el objetivo de estas páginas, que una edición de su obra poética fue publicada en Madrid, dos años después de su muerte, con prólogo de Juan Valera.

[3] *Ibid.*, p. 225-226.

[4] Sigo la edición facsímil publicada en Madrid : Gredos, 1969, p. 347-396.

torno al *Tirant lo Blanch*, la novela de Joanot Martorell impresa por vez primera en 1490. No duda Amador en beneficiarse de las propuestas metodológicas publicadas por Gayangos en el tomo cuadragésimo de la "Biblioteca de Autores Españoles" de Rivadeneyra, de 1857, que se había convertido en el primer intento serio de analizar el conjunto de la narrativa caballeresca peninsular (y cuya importancia e influencia se ha dejado sentir durante muchas décadas en los estudios sobre esta materia).[5] Amador acepta la clasificación de Gayangos al iniciar su presentación abordando "las fantasías del ciclo breton y del ciclo carlowingio" (p. 376), para pasar a continuación, y con mucho mayor detalle, a las "obras originales", entre las que destaca las siguientes:

> A los esfuerzos repetidos para enriquecer la literatura española con las creaciones de ambos ciclos caballerescos; al decidido empeño, mostrado desde el siglo precedente para dotarla de obras originales, á cuya cabeza contemplamos ya el *Amadís de Gaula*, acaudalado antes de mediar el siglo XV con la historia de *don Florestan*, su hermano, se unieron pues al declinar la misma centuria, en toda la Península Ibérica, nuevos y no desafortunados ensayos, precursores de aquel extraordinario movimiento que es al fin calificado de doloroso delirio por el inmortal manco de Lepanto. Entre otras producciones menores, que caen dentro del reinado de Isabel y Fernando, lícito nos será recordar aquí las historias del *rey Canamor é del Infante Turrian, su fijo*, del *Infante Adramon*, del *Caballero Marsindo, fijo de Serpio Lucelio, príncipe de Constantinopla*, y las más aplaudidas de *Tirante el Blanco* y de *don Palmerin de Oliva*, padre este, como el *Amadís de Gaula*, de numerosa prole de caballeros andantes, que viven en el aplauso popular durante el siglo XVI. (p. 381).

[5] Ver nuestro *Tirant lo Blanch y los libros de caballerías: en torno al "Discurso preliminar" de Pascual de Gayangos // Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* 20 (1995) 153-159. Gayangos dividió las ficciones caballerescas en tres grandes *ciclos*: el *bretón*, el *carolingio* y el *grecoasiático*, y en este tercer grupo introdujo una "sección aparte" bajo el epígrafe "Libros de caballerías independientes" en donde presenta el *Tirant*.

Para un erudito tan atento y hasta puntilloso como era Amador de los Ríos, especialmente en el análisis de la difusión de los textos medievales desde la aparición de la imprenta, el "aplauso" recibido por el *Tirant* no era otro que el eco de los que le tributó Cervantes, pues le constaba el escaso éxito de la traducción de 1511.[6] Tras abordar las generalidades de algunas obras novelescas (impresas y manuscritas) escritas en español durante este periodo, redacta la que, a pesar de sus limitaciones, es la primera lectura *moderna* de nuestra obra, tanto por lo que respecta a su trayectoria como a sus contenidos y estilo. Si Gayangos es el primero en haberla presentado en una panorámica, limitada, pero coherente, con un afán catalogador muy propio del bibliófilo empedernido que fue, Amador inicia con estas páginas el estudio de las principales características históricas y literarias de la novela de Martorell. Amador de los Ríos conoce las ediciones impresas en 1490 (Valencia) y en 1497 (Barcelona), aunque utiliza esta segunda en sus notas, al igual que las versiones castellana (impresa en 1511), italiana (1538, 1566 y 1611) y francesa (1737, 1740, 1775 y 1787), razón por la que descarta un original inglés o portugués, interpretación que se podía venir aceptando a partir de la dedicatoria inicial de los incunables:

> Más renombrada, aunque menos rica en ficciones, en lides personales y aventuras andantescas, fué sin duda la *Historia de Tirante el Blanco*, escrita, según unos, originariamente en

[6] Recordemos que durante el célebre escrutinio de la biblioteca del hidalgo manchego, que se desarrolla a lo largo del capítulo sexto de la primera parte del *Quijote*, se alude a nuestra obra (o, para ser más exactos, a la traducción castellana impresa en 1511) como "un tesoro de contento y una mina de pasatiempos", encendido elogio —y poco frecuente— que ha avivado la curiosidad y el interés de los cervantistas, como confirma ante todo la importante edición anotada de Clemencín que había visto la luz entre 1833 y 1839, en torno a la cual y a su papel en la difusión del *Tirant* puede consultarse nuestro *Diego Clemencín i la seva lectura quixotesca del Tirant lo Blach* / V. Martines (ed.) // *A sol post. Estudis de llengua i literatura* 3 (1995) 211-223.

portugués, debida según otros al romance hablado en las regiones orientales de la Península, y, lo que es indudable, dada á luz en 1490 en lenguaje valenciano y vertida al idioma de la España Central y á lengua italiana en la primera mitad del siglo XVI. Publicóse siempre bajo los nombres de Mossen Johan Martorell y Mossen Martí Johan de Galba, y apareció en efecto dedicada por el primero al príncipe don Fernando de Portugal, manifestándose en alguna de sus primeras ediciones que fué traducida de inglés en lengua portuguesa, y después en el vulgar romance valenciano, lo cual debió dar origen á la opinión indicada. Considerando no obstante que este linaje de declaraciones no merecen fé alguna, en órden al origen y á los autores de los libros de caballerías, atribuidos de continuo á personajes fabulosos, para darles mayor autoridad entre la muchedumbre, práctica de que se burló tan cuerdamente Cervantes,[7] y reparando en la materia literaria que sirve de fundamento á la *Historia de Tirante el Blanco*, bien que no ajena del todo á las ficciones que reconocen por fuente y raiz las crónicas bretonas, no es posible tomar en serio lo de la versión del inglés, perdiendo por tanto toda su fuerza lo relativo

[7] "Bastaríanos, para justificar este aserto, poner aquí nota de los autores fabulosamente peregrinos, á que se atribuyen los más celebrados libros de caballerías. Sin salir del período, que historiamos, cúmplenos observar que aun respecto de las historias que tenian su raiz en la antigüedad clásica, se hizo alarde de tan singular progénie. La ya citada *del rey Vespasiano* fué ordenada, según sus editores, por "Iacob é Josep Abarimatia, que á todos sus acontecimientos fueron presentes", y escrita por Jafet (1498). Gonzalo Fernández de Oviedo suponía traer de extraños lenguajes por el mismo tiempo al romance de Castilla el libro de *don Claribalte*, que escribe en su primera juventud; y á tanto llega el abuso en semejantes ficciones, ya acudiendo para autorizarlas al hebreo, al árabe y al griego, y al latín, al inglés y al francés, que el inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*, burlando de tal manía, hizo autor de tan sabrosa y aplaudida historia al sarraceno Cidi Hamet Benengeli, cuyos manuscritos felizmente habian caido en sus manos. Esta costumbre tiene sin embargo legítima explicación, considerando el origen de los libros caballerescos y el crecido número, que de extrañas literaturas habían pasado á la nuestra, según queda advertido." (nota de J. Amador de los Ríos, p. 386-387). Véase más adelante, nota 21, la réplica indirecta de Menéndez Pelayo a esta justificación en torno a la lengua original del *Tirant*.

> á la portuguesa, y más aun lo tocante á la originalidad de la obra. (p. 385-387).

Esta presentación le sirve, además de para criticar la obra de Ticknor —que mereció las correcciones de sus traductores (entre ellos, Pascual de Gayangos)—, para confirmar su deuda con los bibliógrafos del pasado, en especial Nicolás Antonio, Ximeno y Fuster —de quienes recoge la sugerencia, errónea, de citar una edición primitiva, de 1480.[8] Antes de esbozar el argumento de la novela, Amador subraya que la *alta caballería* de Tirante obtiene un claro modelo en Roger de Flor, de acuerdo con la imagen que de él nos brinda Ramon Muntaner en su obra cronística; esta referencia le sirve para destacar sus similitudes y afirmar que la voluntad de Martorell era "dar plaza en el mundo de la caballería á la memoria de aquellas ínclitas proezas; intento que decide y determina el carácter de toda la obra" (p. 389). Esta lectura positivista unida al recuerdo cervantino, que también ejemplifica mediante unos presupuestos estéticos que priman el realismo frente a la inverosimilitud, justifica el entusiasmo de Amador de los Ríos hacia nuestra obra y explica, por añadi-

[8] "Apunta la primera opinión Ticknor (primera época, cap. XI de su *Historia de la literatura española*), si bien no entra en el estudio de *Tirante el Blanco*, como era de esperar, tratando de los libros de caballerías al final del siglo XV: corrigiéronla sus traductores (t. I, pág. 537), manifestando el poco fundamento de los que por dejarse llevar de vanas apariencias é hipótesis, la han adoptado, como adoptaron igual suposición respecto de *Amadís de Gaula*. Don Nicolás Antonio, Simeno, Fuster y cuantos escritores españoles de algún peso han tocado este punto, tienen por original de las religiones orientales de nuestra Península el *Tirante el Blanco*, conviniendo todos en que fué escrito en el romance valentino. Don Nicolás Antonio y Fuster citan una edición de 1480, anterior por tanto en diez años á la que se reputa como primitiva (...)" (p. 385-386, nota 2). *Ver* **Ximeno, Vicente.** *Escritores del reino de Valencia, cronológicamente ordenados desde el año 1238 de la cristiana conquista de la misma ciudad hasta el 1714.* Valencia : Estevan Dolç, 1747-1749, y **Pastor Fuster, Justo.** *Bibliografía valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días con adiciones a la de D. Vicente Ximeno.* Valencia : Josep Ximeno, 1827, v. I.

dura, su convicción de que se trata de una novela cuyo origen no puede rastrearse en el reino portugués sino en el marco histórico de la corona aragonesa:

> Porque no es la *Historia de Tirante el Blanco*, como la de tantos otros caballeros andantes, un tejido de aventuras monstruosas y absurdas, que ahogan toda acción hasta hacer imposible su lectura; sino la exposición de una fábula ordenada, conforme á las leyes fundamentales del arte, donde jamás se pierde de vista al héroe, y donde más bien que un caballero predestinado, es Tirante el Blanco un capitán experto y generoso, que triunfa de sus enemigos, no por el influjo de hadas y encantamientos, mas por su pericia en el arte de la guerra, hermanada con su noble esfuerzo. (...) Como quiera, revelaba el libro de Martorell un sentimiento, que no podía dejar de tener raíces en el suelo de Aragón, bastando para dominar y dar carácter á toda su obra; consideración suficiente en nuestro juicio á legitimarla, alejando más y más la hipótesis que le da nacimiento en las regiones occidentales de la Península Ibérica. (p. 389-390 y 391).

La lectura de José Amador de los Ríos no oculta, por supuesto, sus deudas ideológicas o, si preferimos, el ideario y la metodología que vertebra toda su *Historia crítica de la literatura española*. En cualquier caso, y para el propósito de estas páginas: el comentario de Amador, en una obra monumental de las características de la suya, singularizó la novela de Martorell. Frente a los comentarios de Clemencín, al fin y al cabo subordinados a la letra del *Quijote*, y al repertorio de Gayangos, la exactitud y el acierto de muchas de las valoraciones que subyacen en estas pocas páginas merecen un papel de extrema importancia en la trayectoria entre la crítica hispánica del *Tirant lo Blanch*.

De hecho, conviene recordar que nuestra novela no fue pieza angular en las investigaciones de los estudiosos catalanes del siglo pasado, que iniciaron la difícil reconstrucción de una historiografía literaria con enormes problemas metodológicos y con la inevitable ausencia de ediciones de los tex-

tos del Medioevo. Por ejemplo, la monografía del rosellonés Francesc Jaubert de Paçà titulada *Recherches historiques sur la langue catalane* (1824) y ofrece una incorrecta referencia a vuelapluma de nuestra obra, como consecuencia de que su trabajo sea un bienintencionado "inventari construit a través de fonts indirectes que dibuixa una imatge boirosa del passat literari medieval".[9] La imposibilidad de publicar una colección básica y generosa de textos, a la manera, por ejemplo, de la "Biblioteca de Autores Españoles", privó durante decenios el desarrollo de las investigaciones, a pesar de que Manuel Milà i Fontanals (1818-1884) esbozara un proyecto en 1851 que incorporaba el *Tirant* junto a otros textos y autores medievales, como Ramon Llull o Ausiàs March.[10]

No obstante, parece oportuno señalar que, a grandes rasgos, las primeras investigaciones en torno a la literatura catalana medieval no mostraron tanto interés por la prosa narrativa como el que confirmaron en sus estudios en torno a la poesía y a la prosa historiográfica. Las razones que explican esta valoración deben mucho, sin duda, al espíritu romántico herderiano, por una parte, y a la voluntad de vindicación de unas señas de identidad propias, por otra, puesto que el estudio de la lírica medieval, tanto culta como en especial la popular, partía de unos presupuestos patrióticos de clara ascendencia y con relevantes conexiones por toda Europa. Milà i Fontanals —como Amador de los Ríos y Joaquim Rubió i Ors— fue en su juventud partidario de un liberalismo isabelino que evolucionaría hacia posiciones conservadoras y su recuperación medievalizante del pasado bebe en fuentes tan reconocibles como Walter Scott, Goethe y Schiller. Su labor docente, en especial a partir de 1874 en la Universidad de Barcelona, y su papel en la Academia de Buenas Letras de

[9] Ver **Badia, Lola.** *La literatura catalana medieval vista per alguns erudits vuitcentistes : Actes del Col·loqui Internacional sobre la Renaixença (18-22/XII/1984) // Estudis Universitaris Catalans* 28 (1994) 10-11.

[10] *Ibid.*, p.12.

la ciudad condal, muestran su conciencia ideológica a través de una producción "fondamentalment científica, amb aportacions que promovien el coneixement de la literatura i la història medievals i contribuïen a la recerca d'una normativa de la llengua catalana",[11] como nos indican, en especial, sus estudios y ediciones del romancero catalán, entre otras. Por lo que respecta a las grandes crónicas catalanas medievales, su lectura épica y política a un tiempo propició que se convirtieran en venerados objetos de estudio. La crónica de Jaume I, sobre todo, pero también la de Ramon Muntaner contribuyeron al desarrollo de un claro programa reivindicativo: "La necessitat d´uns precedents històrics on xifrar els arrels estimulava la recerca i el desig d´aprofundir en el coneixement del patrimoni literari. (...) Els precedents brillants de la llengua es trobaven en els clàssics medievals".[12]

Sin embargo, *Tirant* no pareció una obra especialmente moldeable según estos patrones, a la vista de los resultados críticos. Antoni Bofarull la incorpora en su discurso de 1858 titulado *La lengua catalana considerada históricamente*, donde incide con mayor detenimiento en la historiografía que en lo que denomina "el conjunto de obras científicas, literarias y legales" de los siglos XIV y XV.[13] De hecho, las primeras síntesis de historia de las letras catalanas, publicadas durante la segunda mitad del siglo XIX (de F. Cambouliu, 1857, Enrico Cardona, 1878, y de A. Morel-Fatio, 1897) se detienen poco en la novela

[11] **Jorba, Manuel.** *Manuel Milà i Fontanals en la seva època. Trajectòria ideològica i professional.* Barcelona : Curial, 1984, p. 187. Véanse también, del mismo autor, sus otras dos monografías dedicadas a este investigador: *L´obra crítica i erudita de Manuel Milà i Fontanals* (Barcelona : Curial-Abadia de Montserrat, 1989) y *Manuel Milà i Fontanals, crític literari* (Barcelona : Curial-Abadia de Montserrat, 1991).

[12] **Gadea i Gambús, Ferran.** *Notes sobre la recuperació, valoració i edició dels clàssics durant la Renaixença. Estudi especial de les cròniques // Actes del Col·loqui Internacional sobre la Renaixença...*, ob. cit., p.17

[13] Véase **Badia, Lola.** *La literatura catalana medieval vista per alguns erudits vuitcentistes*, art. cit., p. 13-14.

de Martorell, y Milà i Fontanals la utilizó más como ejemplo de modelo de lengua en comparación con el *Curial e Güelfa* que como materia de estudio.[14] Así, deberemos esperar hasta Antonio Rubió i Lluch y su *El Renacimiento clásico en la literatura catalana* (1889), discurso que inaugura la moderna historiografía literaria catalana y, en primerísimo lugar, a la edición en cuatro volúmenes del *Libre del valerós e strenu cavaller Tirant lo Blanc* realizada por Marià Aguiló i Fuster, publicada en la "Biblioteca Catalana" entre 1873 y 1905, para que se abran las puertas de los estudios de las dos primeras décadas del siglo XX en torno a nuestra novela. Tengamos presente que Aguiló, poeta y editor de numerosos textos medievales, había completado un fundamental *Catálogo de obras en lengua catalana impresas desde 1474 hasta 1860,* y que su labor como bibliotecario de la Universidad de Barcelona le había brindado también un contacto cotidiano con manuscritos, incunables e impresos de inestimable valor. Resulta indudable que al calor de su edición nacieron los primeros trabajos que incorporaron al *Tirant* a la nómina de la investigación filológica e histórica.[15] Estos artícu-

[14] Véase *Quinientos años de* Tirant lo Blanc / Lourdes Sánchez-Rodrigo ; Enrique J. Nogueras Valdivieso // *Estudios sobre el* Tirant lo Blanc / J. Paredes ; L. Sánchez-Rodrigo ; E. J. Nogueras Valdivieso (eds.). Grandada : Universidad, 1995, p. 168-169.

[15] Recordemos por orden cronológico, los siguientes: **Nicolau d´Olwer, Lluís.** *Sobre les fonts catalanes del* Tirant lo Blanch // *Revista de Bibliografía Catalana* 5 (1905) 5-37; **Bonsoms i Sicart, Isidro**. *La edición príncipe del* Tiranto lo Blanch *: cotejo de los tres ejemplares impresos en Valencia en 1490, únicos conocidos hoy en día // Discursos leídos en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en la recpción pública de D. Isidro Bonsoms y Sicart el día 9 de mayo de 1907.* Barcelona : R.A.B.L.B.-Tip. La Académia, 1907, p. 141-170; **Moliné i Brasés, Ernest.** *La Letra de reyals costums del Petrarca // Anuari de l´Institut d´Estudis Catalans* 1 (1907) 345-351 (con una "adición" en el vol. 2, 1908, p. 619-620); **Bonilla y San Martín, Adolfo**. *Las novelas catalanas de caballerías y* Tirant lo Blanc // *Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana.* Barcelona : Horta, 1908, p. 577-583; **Miquel i Planas, Ramon.** *Bibliografía del* Tirant lo Blanc // *Bibliofilia* 1 (1911-1914) 455-461; **Givanel i Mas, Juan.** *La novela caba-*

los, notas y monografías iniciarían una segunda etapa de la trayectoria de nuestra novela como materia de estudio científico a lo largo del presente siglo; sin embargo, entre las escuelas decimonónicas y las investigaciones contemporáneas conviene incorporar en estas páginas la figura de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), como último eslabón de las aventuras del *Tirant* durante la segunda mitad del siglo XIX.

Porque, en efecto, la formación de Menéndez Pelayo como alumno que fue en la Universidad de Barcelona de Manuel Milà i Fontanals, resulta deudora de la visión post-romántica que he apuntado en su maestro y de la que bebió para la redacción de su fundamental *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891). Que Menéndez Pelayo fuera además el encargado de preparar una selección de las obras de Milà en ocho volúmenes (mal llamadas *Obras completas*, publicadas entre 1888 y 1896)[16] corrobora la línea de pensamiento que los

lleresca española. Madrid : Victoriano Suárez, 1912 (publicado originariamente en *Archivo de investigaciones históricas*, 1911; **Givanel i Mas, J.** *Les edicions gòtiques del* Tirant lo Blanch // *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya* 3 (1916) 58-72; **Martínez y Martínez, Francisco.** *Martín Juan de Galba, coautor del* Tirant lo Blanch. Valencia : Vives Mora, 1916; **Gutiérrez del Caño, Marcelino.** *Ensayo bibliográfico del* Tirant lo Blanch // *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 37 (1917) 239-269; **E. Vaeth, Joseph.** Tirant lo Blanch *: A Study of its Authorshirp, Principal Sources and Historical Setting*. New York : Columbia University Press, 1918. Tengamos presente, además, que la "Hispanic Society of America", de Nueva York, publicó también, en 1904, un facsímil de la edición princeps que alberga su biblioteca. Para un mejor conocimiento de la difusión crítica de nuestra obra, deben consultarse las noticias ofrecidas por Rafael Beltrán y Josep Izquierdo en su *Bibliografia d'estudis sobre* Tirant lo Blanc // *Llengua & Literatura* 7 (1996) 345-405 y suplementos.

16 Según **Hans Juretschke,** en su artículo *La actualización de la vida y obra de Milá y Fontanals en la historiografía literaria y cultural de España* // *Revista de Literatura* LV 109 (1993) 152, la publicación de esas "*Obras Completas* merece este nombre sólo a medias, y no lo es ciertamente para un historiador riguroso que quisiera captar la evolución interna del pensamiento de Milá desde dentro y en su crecimiento orgánico. Y el orden de colocación de estos escritos que eligió don Marcelino, deseoso de mostrar

unía, como también le vincula personalmente a su condiscípulo Antonio Rubió i Lluch y a Menéndez Pidal.[17]

La trayectoria biográfica de Menéndez Pelayo, sobre la que existe una bibliografía más que abundante, propicia una diversificada gama de aproximaciones como consecuencia de su papel estelar en los debates filosóficos, científicos y políticos de la España de la Restauración. Recordemos su participación en la célebre "polémica de la ciencia española" (1872), su paso como diputado a Cortes, su labor como director de la Biblioteca Nacional y, por supuesto, algunas de sus obras mayores, como los *Ensayos de crítica filosófica* (1892), la *Antología de poetas líricos castellanos desde la formación del idioma...* (1890-1908), o su *Bibliografía hispano-latina clásica* (1902). Además, como resulta bien sabido, su figura de intelectual profundamente religioso ha sido manipulada hasta extremos insospechados durante décadas —y en especial a lo largo del período franquista— para imponer la imagen de un estudioso de los valores tradicionales, anti-krausista y arquetipo del "espíritu nacional-católico".[18]

---

su valía, tampoco nos facilita hoy la comprensión de su génesis interna, ya que persigue en primer lugar la enumeración de los rendimientos científicos del historiador".

[17] Sobre las relaciones entre Milà, Menéndez y Rubió, véase **Manuel Jorba,** *Manuel Milà i Fontanals en la seva època. Trajectòria ideològica i professional*, ob. cit., p. 233-250.

[18] En torno a la trayectoria de Menéndez Pelayo, ver, en especial, **Bonilla y San Martín**, Adolfo. *M. Menéndez Pelayo (1856-1912).* Madrid : 1912; **Laín Entralgo, Pedro.** *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales.* Madrid : Instituto de Estudios Políticos, 1944; **Lázaro Carreter, Fernando.** *Menéndez Pelayo.* Madrid : Anaya, 1962; **Sainz Rodríguez, Pedro.** *Historia de la crítica literaria en España*, ob. cit., p. 235-298, y los estudios de diversos autores recogidos en *Menéndez Pelayo: hacia una nueva imagen.* Santander : Sociedad Menéndez Pelayo, 1983. Recordemos, en cualquier caso, que como afirma **José Luis Abellán** en su *Historia crítica del pensamiento español. La crisis contemporánea I. La Restauración canovista, 1875-1897.* Barcelona : Círculo de Lectores, 1993 (ed. orig. de 1986), p. 396, resulta necesario "despojar a Menéndez Pelayo

Los *Orígenes de la novela* (1905-1914) constituyen su obra de madurez de mayor alcance y aquella en la que el *Tirant* obtiene su mejor lectura. Como señala Riquer, las páginas que le dedica en esta investigación constituyen "el primer estudi directe, aprofundit i de conjunt de la gran novel·la catalana. Menéndez y Pelayo reuní les dades disperses aportades per l´erudició fins al seu temps, les sotmeté a una rigorosa crítica, i, afegint-hi bon nombre d´observacions personals, en donà una visió clara i encertadament orientada. Hom veu tot seguit que coneixia bé el *Tirant* i que en sabé copsar l´estil, valor i intenció".[19] Tal presentación se desarrolla en el capítulo quinto del tomo primero, consagrado a los "libros de caballerías indígenas", y se inicia con un primer juicio encomiástico que encuadra nuestra obra entre *Curial e Güelfa* y *Amadís de Gaula*:

> Pero no puede establecerse paridad alguna entre esta composición retórica y amanerada *[Curial]* y la muy sabrosa, aunque demasiado larga y demasiado libre, historia valenciana del *Tirant lo Blanch*, que es uno de los mejores libros de caballerías que se han escrito en el mundo, para mí el primero de todos después del *Amadís*, aunque en género muy diverso. El elogio que hace de él Cervantes en el escrutinio de la librería de don Quijote nunca me ha parecido irónico, sino sincero, aunque expresado en forma humorística.[20]

Comprobamos, por consiguiente, que la valoración de Menéndez Pelayo ha manado de la crítica cervantina y, en efecto, parece natural que la continuación de sus palabras

---

de los aditamentos ideológicos que unos y otros le colocaron; ni hombre providencial, arquetipo del español eterno, ni católico reaccionario, opuesto a los avances de la ciencia y al progreso de la civilización. Menéndez Pelayo fue un erudito genial, que dedicó su vida entera al trabajo literario y a la investigación histórica, campos en los que sus aportaciones marcan un hito insoslayable en la historia de la cultura española".

[19] *Aproximación al Tirant lo Blanc*. Barcelona: Quaderns Crema, 1990, p. 17.

[20] Sigo por la edición conmemorativa publicada en Santander : Aldus, 1943, ahora p. 392.

introductorias arranquen del capítulo sexto del *Quijote* y que, a partir de ese punto, se destaquen aquellas cualidades que engarzan una obra a otra, empezando por su "carácter realista", su "inventiva y buen humor" (p. 393), que sirven como prolegómeno a su comentario sobre el significado de la charla entre el cura y el barbero:

> No puede negarse que el final del pasaje sea oscuro, y confieso que no me satisface ninguna de las explicaciones que de él se han dado. Si hay errata, como se sospecha, podrá consistir en la adición del *no*, pues suprimiéndole, la frase hace sentido y puede interpretarse de esta suerte: *merecía el autor las galeras porque siendo hombre de buen ingenio le dió mal empleo, poniéndose* de industria, *es decir, de caso pensado, a escribir necedades*. Por *necedades* entiende Cervantes las extravagancias caballerescas y eróticas del *Tirante;* que también hay necedad en los discretos. Muy duro parece el castigo de las galeras para tales pecados, pero la frase es humorística a todas luces. Y es lo cierto que las lozanías del *Tirante* pasan a veces de la raya, y explican la chistosa frase de Cervantes, la cual es a un tiempo elogio del ingenioso autor del libro y vituperio de las escenas lúbricas en que solía complacerse. (p. 393-394).

Resulta más que elocuente la apropiación que acomete Menéndez Pelayo del juicio ajeno, pues, más allá del análisis de la conocida *errata*, no puede dejarnos de sorprender que pueda rellenarse tan singularmente de contenido el desagrado de Cervantes hacia unas "extravagancias caballerescas" y, en especial, "eróticas" de la traducción de la novela de Martorell, provocadas por sus "escenas lúbricas".

En todo caso, aquello que más interesa para culminar nuestro recorrido es la información que el erudito nos brinda para conformar una idea ajustada de su interpretación. Quisiera destacar, antes de subrayar estos aspectos, que el diálogo que Menéndez Pelayo establece con Diego Clemencín y Pascual de Gayangos resulta muy fructífero y que, de alguna manera, podríamos delinear un hilo conductor a través de las

décadas entre este comentarista y sus predecesores (como lo son también Amador y Milà), auténticos paseantes por las bibliotecas de media Europa y corresponsales de la otra media, a la zaga de pistas sobre las impresiones de nuestros clásicos. En este sentido, creo que conviene citar una nota bibliográfica, a primera vista marginal, sobre las ediciones primitivas que se abre con la valoración del texto valenciano de 1490:

> Es libro rarísimo, del cual existe un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Valencia y otro en el Museo Británico. Don José Salamanca poseyó otro procedente del colegio de la Sapiencia de Roma. Pero todavía es más rara la segunda edición de Barcelona, 1497, que puede verse descrita detalladamente en el tomo primero del *Ensayo* de Gallardo (núm. 1.218) con presencia del ejemplar que, procedente de la Biblioteca de Oporto, estuvo algún tiempo en poder del mismo Salamanca y no sabemos dónde se encuentra hoy. No menos peregrina es la traducción castellana impresa en Valencia [sic], 1511, por Diego Gumiel, de la cual he visto un solo ejemplar, que perteneció al Marqués de la Casa-Mena y posee actualmente el bibliófilo barcelonés don Isidro Bonsoms. Otro ejemplar, falto de hojas, se vendió en Londres, en 1854, en la subasta de la librería de Lord Stuart de Rothsay, antiguo ministro de Inglaterra en Lisboa.
>
> El texto original del *Tirante*, conforme a la edición príncipe de Valencia, fue reimpreso con mucha corrección y elegancia por don Mariano Aguiló en cuatro tomos de su *Biblioteca catalana*, que, como casi todos los de la misma serie, carecen todavía de portadas y preliminares. (p. 394-395, nota 2).

Menéndez Pelayo dedica buena parte de sus páginas a señalar las noticias de que disponía sobre la autoría y fecha de redacción del *Tirant* (que sigue llamando *Tirante*, a pesar de conocer su origen), para las que se basa en la información del prólogo y la dedicatoria. Su positivismo hacia el pie de la letra le lleva a la convicción, opuesta a la propuesta que señalamos en la páginas de José Amador de los Ríos,[21] de que la

[21] "Generalmente, se ha hecho poco aprecio de estas declaraciones de Martorell, y como ni en inglés ni en portugués se encuentra rastro de tal

novela fue originariamente escrita en portugués, que la intervención de Martí Joan de Galba no sería creativa sino de mera traslación de una lengua a otra y que el hipotético original inglés al que se alude tendría más de aceptable de empleo de fuentes diversas que de auténtico *texto* completo perdido:

> Para mí está fuera de duda que Juan Martorell, valenciano de nacimiento, pero residente en la corte de Portugal por los años de 1460, escribió primero en portugués y luego en su nativa lengua (que tratándose de aquel tiempo debe llamarse sin ambajes catalana) el libro de *Tirante el Blanco*, y que Micer Juan de Galba tradujo del portugués la cuarta parte que en tono y estilo no difiere de las demás ni es adición pegadiza, sino desenlace natural y complemento necesario de la fábula, por lo cual hay que desechar el pensamiento de que sea labor suya y no del mismo Martorell.[22]
>
> ¿Pero será verdad lo que éste dice de un original inglés? Aquí la cuestión es mucho más problemática. No haya razón para negar el viaje de Martorell a Inglaterra, y leyendo atentamente su libro se notan indicios que nos persuaden que estuvo allí. En Inglaterra empieza la acción: las justas reales de aquel país y sus fiestas caballerescas están descritas con la minuciosidad de un testigo de vista; se cuenta muy a la larga el origen y estatutos de la Orden de la Jarretiera. Y prescin-

libro, se ha creído que todo el prólogo era ficción pura, según la costumbre de los autores de libros de caballerías, que procuraban darles autoridad y crédito suponiéndolos traducidos de otras lenguas. Pero obsérvese que los que tal hacían afectaban, por lo común, trasladar sus libros de lenguas sabias o muy remotas y peregrinas, como el griego, el hebreo, el caldeo y el húngaro, más bien que de las vulgares, y no recuerdo que ninguno de ellos quisiese autorizar su obra suponiéndola traída de una lengua tan de casa y tan familiar a los nuestros como era el portugués" (p. 395-396).

22 "Si algo puso de su cosecha Juan de Galba, sería en lo que toca a las hazañas de Tirante en Túnez y Tremecén, episodio ciertamente muy largo y no indispensable para la acción. Pero los últimos capítulos, que comprenden la vuelta de Tirante a Constantinopla, su casamiento y su muerte, no es verosímil que nadie sino Martorell los escribiera, porque son esenciales en el plan y propósito del libro" (nota de M. Menéndez Pelayo, p. 396).

> diendo, porque nada probarían, de las frecuentes imitaciones del ciclo bretón, y de la familiaridad que el autor muestra con los personajes más conocidos y vulgarizados de aquel ciclo, como el rey Artús, a quien hace intervenir en una aventura de que hablaré después, se encuentran en el *Tirante* otras narraciones que parecen tomadas de libros ingleses. (p. 396-397).

La mención de las fuentes brinda la ocasión perfecta a Menéndez Pelayo para confirmar, de un lado, "el origen catalán de su autor y que no han podido ser escritas más que por algún súbdito de la corona de Aragón" —como proponía Amador de los Ríos— y sus modelos o *referentes* autóctonos: 1) *"el Libre del orde Cavaleyra"*, de Ramon Llull; 2) "la heroica expedición de catalanes y aragoneses a Levante y el trágico destino de Roger de Flor", y 3) "los intereses políticos que le preocupan" son los de una "dinastía catalana" (p. 397-398). Pero, por otro lado, le sirve para apuntar que "la materia episódica del *Tirante* puede estar y en efecto está tomada de fuentes muy diversas" foráneas, que ordeno para facilitar la claridad de la exposición:

> a) La misma leyenda del dragón de Cos, más que aprendida en las playas del Mediterráneo, parece trasladada del libro fantástico de viajes de John de Mandeville. (...) La bellísima fábula de la doncella convertida en serpiente, que no sabemos si es bizantina o bretona de origen, puesto que se la encuentra lo mismo en el poema francés *Guinglain* y en el italiano de *Carduino* que en la tradición oral de las islas del Archipiélago Griego. (p. 397 y 398).
>
> b) La historia del conde *Guillem de Varoychi*, con el que la obra comienza, es ni más ni menos que el antiguo poema de *Guy de Warwyche*, escrito al parecer por un trovero anglonormando en el siglo XII y traducido en verso al inglés al principios del XIV (p. 397).
>
> c) La estratagema de Zopiro, tomada no de Herodoto, desconocido en la Edad Media, sino de cualquier compilador. Las fabulosas biografías de Virgilio y de Esopo le han prestado los dichos que pone en boca del filósofo a quien la princesa de Sicilia llama a su corte (p. 398).

> d) Y aunque no me alcanza de dónde pudo tomar el chistoso cuento del príncipe tonto don Felipe de Francia, cuyos desaciertos y necedades va remediando con tanta habilidad Tirante, para hacerle grato a los ojos de su prometida, bien se ve que esta historia de burlas es una intercalación y que antes hubo de existir aislada (p. 398).
>
> e) La pasión de la Emperatriz por el escudero Hipólito tiene mucha semejanza con la de la Emperatriz Athenais y el joven Párides en un poema francés de la segunda mitad del siglo XII, el *Éracles* de Gautier de Arras (p. 399).

Tales comentarios en torno a las posibles fuentes de unos y otros episodios permite a nuestro erudito plantear una propuesta de mayor calado, que revestía mucho mayor riesgo y una difícil —por no decir imposible— verificabilidad a principios de siglo. El cambio de orientación que se observa entre las aventuras y tramas narrativas que acontecen en los primeros capítulos y las posteriores, tal vez debiera explicarse, a su juicio, como fruto de una mudanza del autor y a una influencia de modelos literarios dispares:

> [Martorell] pudo encontrar en Inglaterra uno o varios poemas que le diesen la primera idea del suyo, y quizá el nombre del héroe: acaso al principio se limitó a traducir o arreglar, y por eso el primer libro tiene un carácter más caballeresco, sin mezcla de pormenores vulgares ni escenas deshonestas; es también el único en que intervienen gigantes o a lo menos personajes muy agigantados, como don Kirieleisón de Montalbán y su hermano: el único en que las aventuras de Tirante se parecen algo a las de cualquier otro paladín. Pero en seguida cambió de rumbo, acaso por haberse trasladado desde las brumas de Inglaterra a las risueñas costas de Portugal: la musa del realismo peninsular le dominó por completo, y los ejemplos venidos de Italia, especialmente el de Boccaccio, cuyos libros estaban entonces en su mayor auge, hicieron que este realismo no fuese siempre tan sano y comedido como debiera. (p. 399).

Menéndez Pelayo pasa a continuación a efectuar una valoración literaria de la novela, que propicia un nuevo ajus-

te de cuentas mesurado con cierta exégesis y una definición de su realismo. A su juicio, el *Tirante* puede ser en ocasiones inverosímil, pero se trata de irrealidades episódicas, su "finalidad" es "alta e histórica", sus "empresas guerreras" serían "la más serias que en ningún libro de esta clase pueden encontrarse"; su protagonista no aparece revestido de los atributos de un "aventurero andante", sino que se presenta como "un príncipe prudente que pone su espada y su consejo al servicio de la cristiandad amenazada por los turcos"; sus fuerzas son fruto de los ejércitos que capitanea y "no deben nada al sobrenatural auxilio de magas y encantadores" (p. 400). Martorell sería "un hombre sensato, pero de espíritu burgués y algo prosaico" que habría compuesto "un libro de caballerías de especie nueva" (p. 400), al transformar el papel del heroísmo y las relaciones amorosas, pero también como consecuencia de su "obsesión de la vida común, el amor al detalle concreto y preciso, que le llevaba a copiar la realidad, fuese o no poética" (p. 401).

Los últimos párrafos en torno a nuestra obra se dedican a describir su difusión en Italia, España y Francia, el carácter de sus "imitadores" (Mateo Boiardo y Ariosto), así como a reflexionar sobre la explicación que puede desvelar su escaso eco:

> Tirante el Blanco quedó esporádico y cayó muy pronto en olvido. Quizá su realismo demasiado prematuro para un libro de caballerías, aunque ya hubiese penetrado en otros géneros, le hizo poco grato a los lectores habituales de esta clase de obras. Acaso también su desenfrenada licencia en las pinturas eróticas fué obstáculo para que siguiera circulando, aunque la Inquisición no le puso nunca en sus índices (p. 403).

Como indicaba anteriormente, el inicio de nuestro siglo propició el renacimiento textual y crítico de la novela de Joanot Martorell, en el que han participado, con el tiempo, ilustres personajes de la vida académica española, como Samuel Gili Gaya, Dámaso Alonso o Martín de Riquer, o creadores de la talla de Mario Vargas Llosa, por citar algunos casos

ejemplares.[23] Sin embargo, a mi entender, no parece baladí el recuerdo de aquellas cimas de la erudición decimonónica que fueron José Amador de los Ríos, Manuel Milà i Fontanals o Marcelino Menéndez Pelayo, pues en parte gracias a ellos se alentó y avivó un interés hacia nuestra obra, persistente a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, que bebe con frecuencia en claras fuentes cervantinas pero que ahora ya se reviste de un nuevo ropaje crítico que no olvida sus antecedentes. Y es así como se comprenderá que Menéndez Pelayo intente convencernos o confirmarnos que

> El *Tirante*, aunque tan ingenioso y tan cargado de picantes especias, no parece haber tenido muchos lectores en España. Casi nadie le cita, fuera de Cervantes, cuyo voto vale por todos. (p. 401).

RAFAEL M. MÉRIDA JIMÉNEZ
Rice University

[23] Ver, a modo de ejemplo de esta peculiar *recepción*, nuestro El espíritu nuevo de *Joanot Martorell : las lecturas de Dámaso Alonso y Mario Vargas Llosa // Verba Hispanica* 4 (1994) 97-103.